

América Hoy

COLOMBIA

LA población indígena se complementa en Colombia, además de la nómada y pastoril señalada hasta ahora y que jalona toda la frontera colombo-venezolana, por la del indio sedentario que vive, en el macizo montañoso, en los «resguardos» acondicionados por el propio gobierno, posiblemente tratando de copiar el sistema estadounidense que ha recluido a los pieles rojas en contradas limitadas y con prohibición de franquearlas. Los «resguardos» colombianos amparan posiblemente el 50 por 100 de la población aborigen del país y los principales están enclavados en los departamentos de Cauca y de Nariño.

Sea porque el aborigen colombiano es más rebelde que el norteamericano o sea porque la vigilancia es menos rigurosa, el indio de «resguardo» tiene grandes posibilidades de escoger otra suerte que la deparada por las autoridades y es muy común verlos regresar al nomadismo como los chamis del departamento de Caldas o bien sumarse a las tareas de las haciendas donde llega a confundirse con el peonaje criollo.

El «resguardo» es una pobre expresión de lo que fuera en un tiempo la propiedad del aborigen. Por derecho, ya que fue el primer dueño, el indio llegó a poseer grandes extensiones que cultivaba bajo el sistema comunal. La «Encomienda», disposición de las célebres Leyes de Indias de S.M.M. Católicas de España, dió sello oficial a la expropiación iniciada «de facto» por los Capitanes y Adelantados de la Península consagrando como propietarios de tierras y vidas americanas a quienes llegaban de Europa a cambio de protección cristiana de éstos hacia el indio.

De aquellas encomiendas sacó gran provecho material el español y múltiples sufrimientos el indio. En lo que menos pensaba el «encomendado» era en hacer obra religiosa y en parte, alquilado por la propia Iglesia quien por la voz autorizada del padre Ginés de Sepúlveda declara: «...que con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo... habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas y estoy por decir que de monos a hombres» (Demócratas Alter).

Sepúlveda es partidario declarado de la servidumbre natural, con tanto regocijo para los conquistadores que el Ayuntamiento acordó obsequiarle con «algunas cosas desta tierra de joyas y aforros hasta el valor de doscientos pesos de oro de minas».

La historia de la Historia tenía que permitir que España se viera rebatida, tres siglos más tarde, por sus propias armas con motivo de la guerra sostenida contra los E.E.U.U. en 1898 por la posesión de las Filipinas. En aquella ocasión Mc. Kinley señaló: «Ninguna otra cosa podíamos hacer más que acogerlos en nuestro seno— a los filipinos— y educarlos, civilizarlos y cristianizarlos por la gracia de Dios y hacer a ellos todo lo que estuviera a nuestro alcance».

La leyenda cuidadosamente elaborada para dar una aureola de santa a Isabel la Católica es sólo leyenda. Empezaba la falsedad con el tan mencionado despojo de sus joyas para la realización del primer viaje de Colón y continuaba las falsedades cuando se trata de demostrar un único objetivo: la conquista del reino de los cielos para el indio.

La cautela de Hernán Cortés, comulgando con Dios y con el Diablo, dice muy bien: «La causa principal a que venimos a estas partes es para ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco».

Se trató en todo momento de compaginar religión y provecho. Por Real Cédula de 1500 se condenan las actitudes esclavistas pero se deja el acto seguido la esclavitud de aquellos indios capturados en «justa guerra». Se abusa tanto de esta cláusula que en 1530 hubo de decretarse «que ni aún en casos de «justa guerra» era permitida la esclavitud, pero la presión esclavista era demasiado fuerte

HERBERT READ Y ERIK GILL
HAY una opinión en curso y en crudo acerca del arte y de los artistas, que es poco o nada conocida. Tanto en los medios artísticos como en los que no lo son, se cree corrientemente que el artista—escultor o pintor—es un ser aparte en el conjunto ciudadano; que el tal artista, viene a representar una especie de mundo entre llanos y depresiones; que merece el espaldarazo de la fama y de la gloria; que en comparación con él, los simples mortales no son más que vulgares entretenidos por el tiempo; en fin, que el artista es un espíritu de excepción que surge de vez en cuando inesperadamente como una aurora boreal para honor y hasta para regocijo y placer de las generaciones.

Ante nos en primer lugar que los artistas, por lo menos los conocidos por su excelencia, falsos o no, en su producción, tienen ya en la sociedad presente todas las preeminencias deseables de dinero, de crédito, renombre y admiración; y aún muchos de los artistas que no alcanzan merecimiento extraordinario, ni siquiera mérito de ninguna clase, son conocidos y premiados por la cerril incompetencia del Estado y de los coleccionistas. Pero de todas suertes, quedan al margen de todo estímulo millares de escultores y pintores que soñando infantilmente con la gloria, acaban ya en edad temprana por conocer tan sólo las otras tres postimerías del ser: muerte, juicio adverso y negro infierno mientras viven.

Cuando el arte era cosa de principios y magnates—Felipe IV con Velázquez, los Médicis con tantos genios de Florencia, Carlos V con el Tiziano, los Borbones con Goya, Francisco I con Leonardo de Vinci—el artista no desbordaba en realidad la condición de

21.000 KILOMETROS por los caminos de INDOAMERICA

HAY que saber esperar. Los que no hemos perdido la esperanza en la liberación de España nos queda la responsabilidad de nuestra misión histórica y por lo tanto es a este objetivo que se deben dirigir todos nuestros esfuerzos e iniciativas. Podríamos preguntarnos asimismo: ¿Qué espera Franco? Pero esta pregunta la pueden responder los E.E.U.U. de Norteamérica y todas las demás naciones que directa o indirectamente sostienen el desprecioso estado de cosas en el interior como en el exterior de nuestro país.

La decadencia física del indio es manifiesta y es elevadísimo el porcentaje tuberculoso que existe entre el aborigen que sufre cierto contacto con el blanco; igual ocurre con las enfermedades venéreas de las que están prácticamente exentas aquellas tribus que guardan prudentes distancias con la población mestiza y blanca.

El flagelo de las enfermedades que se enseñan en estos cuerpos pobres en vitaminas y sin crédito de salubridad, se complementa con el alcoholismo y con la propia coca que, sin alcanzar la gravedad numérica del Perú, del Ecuador y de Bolivia, afecta a unas 60.000 personas, sin contar los araucos, indios de la sierra de Perijá, muy aficionados al vicio y cuyo número se desconoce.

En 225.000 kilos se estima la producción anual de coca de los cuales muy cerca de un 95 por 100 son masticados por la población indígena quien, muchas veces es retribuida de su trabajo manual con hojas de coca que la sumirán aún más en el embrutecimiento.

La retribución del trabajo en esta especie ha sido prohibida por el gobierno colombiano pero oficialmente llegan las disposiciones gubernamentales en los apartados rincones del cuarto país sudamericano en extensión. Como también se ignora, por conveniencia, la disposición tomada en 1941 reglamentando la plantación, cultivo y venta de coca.

La coca es a veces la bonificación a la «obligación gratuita» a que está obligado el indígena frente a la Iglesia, al Cabildo y al terrateniente. Es lo que en el Ecuador responde al nombre de «musacama» y en Bolivia al de «poncha». Generalmente, no obstante, no hay bonificación de ninguna especie y el indio tiene que blanquear la iglesia, limpiar el potrero, suministrar leña, etc., y todo ello absolutamente gratis.

De alguna parte tenemos aprendido que el alambre de púa—lo inventó una monja Archimística suponen unos recordando el silicio. Unicófiga otros, que, habiéndose comido las uñas con que rascarse dió en hacer púas con el alambre de su colchón de muelles.

Curas y alambre de púa—ya para siempre entretelados por origen—son obsequios que Sud-América seguirá agradeciendo al Viejo Mundo por mucho tiempo. Ambos recursos, artículos que importando América del Sur para ciertos institutos nacionales de importancia: la Iglesia y la propiedad privada.

¡Ah, los amplios bosques en que los pastores y las pastorcillas solían solazarse a los acordes de bucólica música, y en los que cualquier fidalgo de la Mancha podía adentrarse, sediento de arrimar los labios a la madre tierra, sin otro peligro de púa que las zarzas!

El autogenerador Perón, el mismo que con el apoyo de mayorías aborregadas ha acotado con alambre espinoso una importantísima porción de América del Sur, anda ahogado

¿Qué esperamos?

HAY que saber esperar. Los que no hemos perdido la esperanza en la liberación de España nos queda la responsabilidad de nuestra misión histórica y por lo tanto es a este objetivo que se deben dirigir todos nuestros esfuerzos e iniciativas. Podríamos preguntarnos asimismo: ¿Qué espera Franco? Pero esta pregunta la pueden responder los E.E.U.U. de Norteamérica y todas las demás naciones que directa o indirectamente sostienen el desprecioso estado de cosas en el interior como en el exterior de nuestro país.

Al cabo de quince años de espera se pretenda especular groseramente con la pretendida desamía del antifascismo español exilado. Quienes orquestan de una forma rutinaria el mito de la unidad a machamartillo no deben olvidar que sólo en los países totalitarios (blancos, negros o rojos) existe esa unidad específica, impuesta de arriba abajo como un martillo pilón. Nos reprochan ciertos informadores internacionales—que no quieren informarse bien de nuestros asuntos—que la causa de la no liberación de nuestro país del fascio-falangismo es debido a la falta de penetración de los diferentes sectores políticos y sociales del exilio.

Hay que hablar claro y jugar limpio. Hasta aquí planteado el asunto español con toda crudeza para replicar a los que no quieren ver ni oír. Ahora bien: no todo está perdido y podríamos aquí terminar el capítulo de lamentaciones y reproches y pasar a la acción.

¿Cómo? Parecerá un juego de despropósitos si digo: acelerando la unidad antifascista exilada y coordinada con el interior. Eso que no es nada nuevo podría ser una formidable cabza de puerro si se llevara a cabo. Lo hemos dicho un sin fin de veces y debemos repetirlo tantas veces como las circunstancias le requieran. Hay que desarmar a nuestros enemigos con argumentos precisos y haciendo ese frente común en el exilio y ver después qué pasa. Una vez constituido el organismo pseudo-liberador; los que nos acusan que las «naciones libres» no nos ayudan por falta de unidad, sus razonamientos no tendrán ningún fundamento. Además, el citado organismo tendría una misión vital haciendo llegar a las generaciones que suben a la sombra del fascio-falangismo y a toda España el espíritu que nos guió el año 1936 y sucesivos en la lucha por la libertad de nuestro pueblo. Una labor eficaz entre esos jóvenes desviados de las rutas de la emancipación humana y entre los viejos que sufren en silencio esos quince años de muerte moral. Existen otras muchas actividades de cara a España que se pueden poner en práctica sin que sea tarde, teniendo en cuenta el tiempo perdido hasta hoy.

Los mismos podrían explicarnos cómo a los antifascistas italianos en exilio las naciones aliadas les ayudaron abiertamente, y a mano militar, a liberarse del fascismo mussoliniano. Y no es que existía más penetración ideológica y más armonía unitaria que existe entre los exiliados españoles. Ni existe esa unidad por las fuerzas aliadas. Esa acción liberadora se llevó a cabo con calculada precisión porque así convenía a los planes militares y si queréis políticos de las Naciones Unidas, sin detenerse a analizar si existía o no la unidad entre las fuerzas políticas y sociales que tenían que sustituir a los regímenes dictatoriales de los países respectivos en litigio. No se liberó en aquel entonces nuestro país, sencillamente, por la misma razón a la inversa: porque no convenía a los planes militares y políticos de las Naciones Unidas. La unidad antifascista, los vehementes deseos de que España fuera

Mirando pasar el Plata
PIO Y PUA
(Crónica de nuestro corresponsal en Uruguay)

DOBLANDO el recodo de la desembocadura, a una noche de remontar río lentamente, llevando cuidado—si el barco es de calado—en no dejar la quilla varada en la pastosa y espesa cama de barro, arriada sobre la otra orilla se halla la por nombre presuntamente poético Reina del Plata, por otro nombre ciudad de Buenos Aires. Deslizados ya por el pedregullo prosaico de nuestros días la llamamos Estancia Perón, coto con un leudo con espinos alambre, en cuyo madero del portón el señor propietario suele poner, cuando le viene en ganas, letrero que reza: «Prohibido el tránsito porque yo quiero».

Los curas argentinos, con su pio de turno a la cabeza, se manifiestan serenos. Una sonrisa astuta se perfila por debajo de los bigotes cardenalicios. Es difícil comprobar de quién partió la ofensiva y, en cualquier caso, hasta qué punto Perón aguantará el desafío. Mientras tanto el cismático dilema hace andar al rebaño a cristizo limpio. Los abrigados corderos católico-peronistas han sido aparentemente metidos en el brete de elegir entre los dos palos de su baraja. A palos andan. Dios o Perón es la pregunta que Perón y la Iglesia formulan al rebaño que han venido ordeñando a medias. Dios o Lucifer fué la pregunta que el arcángel, por encargo del primero, solucionó a flamígeros mandobles. Por esta vez quede Dios tranquilo en sus

medios y facilidades. Y con todo superaba en calidad de preparación del color a la compleja industria de hoy. Y todo ello andado a cuatro gatas, sin apenas erguirse de pie.

Hemos visto en comarcas rurales de España y Francia pastores que esculpirían caprichosas figuras en sus cayados y no sabían leer ni escribir, teniendo derecho como tallistas, sin más cincel que una navaja desvencijada, a figurar con entera dignidad en una exposición.

Hemos visto exposiciones de locos y niños que dibujaban y pintaban maravillosamente, sin darse cuenta que producían obras imperecederas.

Hay un arte negro—el auténtico, no el falsificado que alcanza solvente en todo el mundo. Es imitado, vuelto a imitar, suplantado, presentado como original de un escultor moderno siendo de mala copia. Una vergüenza.

¿Y la estatuaría de América precolombiana? ¿Y la escultura de Oriente? ¿Y los capiteles burlescos de las catedrales de Occidente? ¿Y la menuda escultura en madera que nos sorprendió en un caserón de España castiza, el picaporte de una vieja morada aragonesa, los tejidos en seda del siglo VII, los trenzados de piel de orillas del Danubio y de los Balcanes, la azulejería pétrica? Sólo de Alcora, Muel, Talavera y Triana quedan tesoros incommensurables que, afortunadamente, no parablemente ricos para estudiosas artes del color fijado a fuego. Y todo fué hecho anónimamente por ceramistas que en su arte significan tanto como el Tiziano en el suyo. Millones de artesanos han creado anónimamente mi-

DESELILOS

¿QUE está bien? ¿Que está mal? Hay infinidad de hechos que sin estar bien no acierto a verlos mal. Entre los polos absolutos del Bien y del Mal existen las zonas intermedias, templadas, escenario de los actos humanos reales.

Hay cosas que si realmente las encuentro bien, mi ideal dice que se podrían mejorar. Y otras que realmente encuentro mal pero que aún podrían empeorar.

La Moral, que no tiene en cuenta ese principio relativista, que no admite el criterio subjetivo, el ritmo dinámico-progresivo, nunca tendrá nada de científica ni de humana. Será una moral abstracta, propia de peones.

Cuando un concepto así de herméticos inténtase catalogar a los hombres en dos bandos opuestos; cuando con tal cerrazón los obsesivos le niegan bondad natural al hombre y los cristianos lo proclaman hijo de un dios todo bondad, se niega la misma facultad moral del individuo, pues que se le niega su responsabilidad.

De conceptos absolutistas de ese calibre nació la idea de legislar. Diéronle a la Moral reglas fijas, se dictó todo un tinglado de leyes fijas de cuya observancia dependía el Bien, y de cuya desobediencia el Mal. Luego se vino a la sanción, con el código penal, que es lo immoral elevado al cubo, lo inmoral premiado y organizado.

Y sin embargo cuántas veces he visto que derogarse lo legislado en tales materias? Un estudio de usos y costumbres probarían esos cambios. Los Códigos, Cartas, Constituciones y demás embrollos teóricos tuvieron que seguir el ritmo progresivo, aunque de mala gana.

Y es que la naturaleza del hombre, antes que buena o mala, es vital y dinámica. El sueño de todo Estado ha sido siempre el mismo: organizar, ordenar, legislar para llegar al equilibrio supremo, al orden estático, postrado, basado en la inmovilidad a base de la pasividad ciudadana.

No hay conciencia moral sin el libre ejercicio de nuestras facultades (de todas las buenas como de las malas) en constante experimento.

Aquella regla de oro de los positivistas, más que utilitarios, es la única que alturas: no habrá rebelión de ángeles. Perón, por su parte, no arriesgará perder el apoyo de la Iglesia. Si es la Iglesia la que le ha retirado el apoyo, el problema es otro. En este último caso Perón-Lucifer será un destino hecho.

Un lobo sólo devora a otro lobo cuando le ve mal herido por mano de tercero. No hay hambre capaz de desequilibrar esta ley lobuna de racial solidaridad. Si los bigotes del cardenal han filado un sutil olor a carroña, al moribundo será digerido. Si las ratas abandonan el navío: mucho ojo, general, hay agua en las bodegas.

Pedro REGUERA
Journal imprimé sur les presses de la SOCIÉTÉ GÉNÉRALE D'IMPRESSION (Coopérative Ouvrière de Production) Ateliers n° 61 rue des Antonneries - Téléphone : CAPITOLE 89-73 - T O U L O U S E
Le Gérant : Etienne Guillemau

Sobre el libro de Mr. Bowers

(Viene de la página 4)
parados nos deja en su pésima novela sobre nuestra guerra.

A pesar del lodo que intencionado o sin intención mister Bowers nos echa encima, el lector avisado puede sacar conclusiones concretas e inequívocas debido a los rasgos de sinceridad que no han podido ahorrarse.

En cierta ocasión, cuando visitaba un pequeño pueblo de pescadores en la costa mediterránea, pregunté a un amigo que le acompañaba: «¿Cómo es que esta gente tan decente y honrada es anarquista? El otro le contestó: «Estos trabajadores del mar son terriblemente pobres, pero son buenos y altruistas. Si la despensa de una familia está vacía, lo que hay en la del vecino se reparte». Lo mismo le sucedió en Almería, donde a pesar de la miseria injusta e innecesariamente impuesta (palabras suyas) no encontraron otra cosa más que

lones de obras de calidad, que sólo el analfabetismo y el exclusivismo degradando los museos y poniéndolos en manos de la pedertería rentada, deja arribados. La sociedad ignorante está al margen de cualquier sugestión levantada y digna. Ya tiene bastante con el deporte político, los crímenes y el puñetazo afroyanqui.

¿Qué firma ostentan las admirables obras de ladrillería mudéjar? Ninguna. No estaría mal procurarnos un museo sin firmas para condensar el trabajo artístico anónimo de las generaciones. Es el que demuestra que todo ser en cualquier lugar del mundo tuvo capacidad artística si se despierta por emulación y a veces aunque no se despierte o no se favorezca. En tarea tan elevada, el autoritarismo de las Academias y los millonarios del pincel, no servían para nutrir salas y salas de colecciones presuntuosas. La misión de la burbuja monedita del Arte sería dejarse expropiar y sacar las escupideras al torrente.

Los museos han sido organizados y burocratizados por el Estado en todo el mundo. Por el Estado o bien por las sectas confesionales o los millonarios. Es hora de que el trabajo anónimo calificado y embellecido sustituya (más que una escuela o una moda a otra) que suceda a lo vetusto del museo clásico, verdadero cementerio del arte cuando no matadero.

Saludemos con arradecimiento a Read y a Gill, que con alta sabiduría han adivinado nuestro pensamiento y lo difunden a los cuatro vientos.

PASO A NIVEL
Como descendemos de una raza que salvo excepciones en todo acostumbra a guiarse por el sentido pendular, no

Lo que dice y lo que oculta la prensa

Fué profesor de la Universidad de Edimburgo y es animador hoy de la corriente humanista que abre amplio campo a la pedagogía ayudada por el arte en la vida pura extrafuerza del mundo. Erik Gill es un escultor británico que afirma una evidencia negada por la pedertería de todas las épocas. La evidencia es ésta: no tal o cual profesional, no tal o cual destacado es un artista; todos los seres lo son, cada cual a su manera.

Las mismas figuras de los trogloditas de Edimburgo y es animador hoy de la corriente humanista que abre amplio campo a la pedagogía ayudada por el arte en la vida pura extrafuerza del mundo. Erik Gill es un escultor británico que afirma una evidencia negada por la pedertería de todas las épocas. La evidencia es ésta: no tal o cual profesional, no tal o cual destacado es un artista; todos los seres lo son, cada cual a su manera.

Herbert Read es uno de los pensadores más profundos de nuestra época.

medios y facilidades. Y con todo superaba en calidad de preparación del color a la compleja industria de hoy. Y todo ello andado a cuatro gatas, sin apenas erguirse de pie.

Hemos visto en comarcas rurales de España y Francia pastores que esculpirían caprichosas figuras en sus cayados y no sabían leer ni escribir, teniendo derecho como tallistas, sin más cincel que una navaja desvencijada, a figurar con entera dignidad en una exposición.

Hemos visto exposiciones de locos y niños que dibujaban y pintaban maravillosamente, sin darse cuenta que producían obras imperecederas.

Herbert Read es uno de los pensadores más profundos de nuestra época.

Dos conductas

(Viene de la página 1)

respecto a la fortuna reunida por el señor Ladrada, cabe pensar con lógica, que es materialmente imposible poder reunir la décima parte de esta cifra, aun juntando las pagas de general y ministro que percibió durante un período de tiempo que no pasó de seis años.

Esta es la conducta del político y general don José María Fernández Ladrada, a quien tanto ha incienizado la Prensa que se publica en España, con motivo de su muerte. Razón de más para calibrar el valor moral por el cual se rigen los periódicos bajo el franquismo.

D. Alvaro Albornoz y Liminiana, gran abogado, con cincuenta años de ejercicio en su profesión. Escritor y periodista con medio siglo de práctica. Autor de varios libros de carácter político. Asiduo colaborador en la Prensa española, antes de 1936 (en los periódicos de más circulación).

Batallador político por las ideas republicanas desde su juventud, ministro dos veces en el régimen republicano, presidente del Tribunal de Garantías... Jefe del Gobierno republicano en el exilio... ha muerto recientemente en la capital de México sin que los españoles se hayan enterado de tal acontecimiento... por la Prensa y radios de España...

La personalidad política, dentro de la más estricta honradez, de don Alvaro de Albornoz, no tiene parangón, no sólo con la conducta del Sr. Ladrada, sino con la conducta en conjunto de todos, absolutamente todos, los políticos que hoy dicen gobernar a España.

El histórico republicano, con cincuenta años ejerciendo la abogacía y el periodismo; con sus importantes cargos públicos; escribiendo en diversos diarios de gran circulación del extranjero... hasta poco antes de morir, no ha

podido reunir una modesta fortuna que le librara de continuar trabajando en su ancianidad.

¿Existe alguna diferencia en el orden político y en el moral entre uno y otro ciudadano, de los aquí mencionados? ¿Pueden equipararse el político republicano y el político franquista...?

A la primera de estas interrogantes he de contestar cumplidamente. D. Alvaro se diferencia de D. José, en su lucha continua por la libertad, que presupone la elevación de su propio país al nivel de aquellos pueblos más adelantados y progresivos. No hizo granjería de sus importantes cargos, buscando en éstos la acumulación de un capital en beneficio propio. Ha puesto toda su inteligencia gigante en pro del progreso, sin pensar en el medio personal.

No pueden compararse estas conductas, porque la una y la otra se repelen. Las dos persiguen fines diametralmente opuestos.

El Sr. Ladrada defendía los intereses del capitalismo... que eran los de él propios, empleando procedimientos, disfrazados de políticos, completamente atentatorios a la dignidad de los individuos que no se resignan a ser esclavos.

Abandona a su jefe (Gil Robles) por seguir detrás del vencedor, de quien esperaba (como así ocurrió) una buena compensación... (la de ministro) con finalidades de hacerse poderoso por el dinero.

Resumen: el republicano laico desprecia las riquezas terrenales. El católico-cristiano, haciendo aguas mayores en su propia doctrina, las acapara... con procedimientos repudiables...

Puesto a elegir entre uno y otra elección no es dudosa.

D. Alvaro de Albornoz merece toda clase de respetos de aquellos que se precian de personas decentes.

MENDA.

España-XI-54.

DIWULGACIONES MEDULA HISTORICA

A Francisco Jordán, de Bains-de-Campagne, que me dió trabajo, con gratitud y nostalgia. — A. C.

Al retirarse los alemanes la última vez de la noble tierra de Francia, dejaron una elocuente huella de sus intenciones o de su combinación estratégica con respecto a España. Quien esto escribe vivía entonces en un caserío de las proximidades de un pueblo del departamento del Aude llamado Esperanza, donde existen, si no recuerdo mal, doce fábricas de sombreros de todas clases, pero especialmente de anchas alas, bella producción que se expende especialmente en las naciones americanas, centrales y del Sur. No era el Aude país muy grato para los servidores de Hitler y Mussolini. En la serranía frondosa que domina la hermosa población de Quillán, en la que existen numerosas fábricas de muebles y de tejidos, radicaba una de las concentraciones más nutridas de libertadores franceses y españoles.

Yo la conocí, porque dedicado a trabajar en lo que salía, me ocupé algunas semanas en pintar a rayas blancas y rojas los numerosos postes que señalan bien visiblemente (especialmente por la noche) las repetidas curvas, que como escalera gigantesca gana la altura de Condom, pueblito enclavado entre dos cumbres que forman la puerta de aquella elevada región de bosques.

Entre las mil peripecias que podría relatar, existe la de que, al marcharse los invasores habían abandonado, entre tantas cosas, un almacén de papeles impresos en los alrededores del pueblo de Cuxá, y mi curiosidad fué tanta, que utilizando una ex-bicicleta que me prestaron, y acompañado de un hijo de a quien dedico este relato, fui a Cuxá para ver de qué papeles se trataba. La sorpresa fué grande, porque, ¿de qué papeles diréis que se trataba? Pues se trataba nada más ni nada menos que de un mapa de España editado a gran escala, comprendiendo varias hojas con un detalle extraordinario, solo diré que se extendía al trazado en cuadrículas de 1 a 50.000 o sea una escala de dos centímetros en el plano por cada kilómetro en el terreno, escala que por su tamaño necesita muchas hojas de papel para completar el mapa de España con todos sus detalles, y en cuanto a éstos basta con decir que el número de signos representativos es el de 155, cifra desusada en toda clase de planos por detallados que sean, pero en los que referimos, constan datos exactos de los menos empleados generalmente, como: ferrocarriles en construcción, túneles, aeródromos, tranvías, caminos carreteros, de herradura y sendas, viñas, olivares, bancales, esclusas, puentes, faros con la duración de sus eclipses, arboledales, etc. Toda clase de construcciones, conducciones de aguas, líneas eléctricas, curvas de nivel y su altitud en metros, depósitos de agua, canales, zanjas, etc., y así hasta los 155 que hemos mencionado de esta verdadera enumeración estratégica, con la particularidad de estar todo redactado en dos idiomas: español y alemán.

Y tanto trabajo como significa la redacción y representación en dos idiomas de la geografía, la topografía, la hidrología, la geología, altimetría, geografía industrial y humana, comunicaciones, etc., con suma pulcritud se desarrolla en el amplio cuadrado del dicho, que aclara, sitúa, coordina todos los detalles del país en cuestión. Y todavía era poco este estudio a fondo de nuestra península llevado en el equipaje de un ejército invasor, pues ahora hemos comprobado que

por Alberto Carsi

iba acompañado de una pléyade de estudios de explotación práctica fundamentados y razonados que requieren muchos años de trabajos científicos costosos además, muchos de los cuales conocemos actualmente, también gracias a una de esas rarezas de la vida, que no son abundantes, sino como llovidas del cielo de la casualidad, y que a no ser por una preparación de ocupación y de predomino no se conciben. He aquí, pues, como des-

pués de una serie de años transcurridos hemos podido atar cabos completando una rica información sobre uno de los objetos que inspiraba aquella invasión, que el esfuerzo heroico de Francia, ayudada por voluntarios españoles, pudo rechazar, dominar y vencer.

Y son los Institutos y Academias de la actualidad franquista los que, como algo meritorio y oportuno, se dedican a publicar con cautela de zorro viejos, como si trabajasen por amor, ilusión y desinterés, los referidos escritos, que son dictámenes con toda la perfección deseable, que nosotros los recogemos con una fruición sibarítica, pues damos por descontado que no los van a realizar ahora, y van a ser un mañana próximo nuestro caballo de batalla, entre otros, en la consolidación de un programa por demás conveniente para nuestra tierra, en manos de la generación que sube.

Tres son los puntos principales que se desarrollan en los más avisados entendimientos ajenos: el carbón, el petróleo y los regadíos, todos estos con una acometividad, detalle y destreza ambiciosa, especialmente el tercero por ser el más fundamental y el más complejo. Figúrate que el que tenemos a la vista, que va firmado por un técnico alemán se acoorna con un título sugestivo, va seguido de numerosas páginas impresas de gran formato e ilustrado con numerosos mapas y largas notas aclaratorias. Y forme que ya quisieran poder redactar todos y cada uno de los técnicos que figuran en las nóminas del mecanismo político de Franco, cosa que lamentamos, pues una vez u otra llegará el momento de sosegar el actual torbellino, volver las aguas a sus cauces, y regresar las golondrinas a sus nidos, y entonces, no solamente podría realizarse el plan que nos ocupa redactado por un forastero, sino que se superaría, llegando con ello a la integral explotación de la tierra fecunda que nos es propia y que nos corresponde.

Gran número de informes sobre los distintos puntos de vista y particular-

CRONICA

EL DOBLE DILUVIO UNIVERSAL

PUEDE no ser infalible la profecía en boga de que nos amenaza una inundación diluviana comunista. Se apoya ella en la simple razón de que los esfuerzos del capitalismo, del capitalismo democrático convergen en el fin supremo de hacerle la cama al Kremlin. La cuestión la plantean de la siguiente manera. La coalición democrático-capitalista, al oponerse al comunismo, no repara en medios: Franco, Tito, Oliveira Salazar y la constelación de tiranuelos suramericanos han recibido toda clase de espaldarazos en el banderín de enganche anticomunista. Por otra parte, la mentalidad MacCarthy, de la que el senador por Wisconsin es simple mascarón de proa, persevera en la fabricación en serie de comunistas. Todo hombre independiente, reacio a pegarse a las consignas estatales, por más democráticas que sean, lo es con todos los pronunciamientos favorables.

En el país del «bill of rights» todo simple mortal que no sepa cantar la canción de moda: «I like Ike» (me derribo por Eisenhower) se le toca con la caperuza roja. Y a los que son comunistas por haberlo hecho en las rollizas ubres de la modriz, se les hace santos y mártires. De ahí a la generación espontánea de adoradores y adoradas no hay más que un paso.

Ni que decir tiene que este punto de vista es el de los propios beneficiarios. Alimentándolo, aplícandolo, los comunistas comulgan con uno de los principios más caros al marxismo dialéctico. Aquel según el cual toda acción produce una reacción contraria, o, en términos más rituales, toda tesis su correspondiente antítesis. Así, pues, la tesis anticomunista sería la mejor determinante de la antítesis comunista; es decir, toda acción anticomunista produce comunismo en razón directa y progresiva. El democapacartismo estaría, pues, condenado irremisiblemente.

A menos que un mismo principio se mantenga tieso a todo evento y en todas las situaciones. Que es lo que podría ocurrir en el caso. Su pongamos que el democapacartismo razona en la misma forma dialéctica. A saber: que la acción anticapitalista y antifascista del comunismo, esa paz, también, de producir la reacción contraria directa y progresivamente... y a tenemos capitalismo y fascismo para ir rumiando para el resto de nuestros días.

La consecuencia es que no se produce la aguardada inundación comunista en detrimento del capitalismo sino más bien un desarrollo desmesurado, elefantiaco, paralelo en ambos antagonistas: la acción anticomunista contribuyendo a desarrollar el comunismo; la acción anticapitalista el capitalismo. En ambos bandos la elefantiasis produce un fenómeno coincidente: el totalitarismo o fascismo de cualquier color.

Para darse cuenta de la bien fundada de esta constatación no hay más que observar la curva ascendente del Estado totalitario capitalista desde que apareció en la liza la amenaza comunista. El comunismo, lejos de amansar los fueros del Estado capitalista los ha radicalizado. Descuéntese de las alegaciones globales del Estado capitalista para fascitizarse el porcentaje que se quiera y llámese a esto pretexto, oportunismo, hipocresía, doblez; pero sería injusto creer que al Estado capitalista le tienen sin cuidado los manejos del comunismo. La reacción anticomunista tiene mucho de temor histórico, torpe, si se quiere, pero sincero, brutalmente, salvajemente sincero.

No habrá, pues, una inundación diluviana comunista sino doble inundación totalitaria. Y la víctima a ser ahogada como un gato no será ni el capitalismo ni el comunismo, cada día más parecidos, como las aguas de dos vasos comunicantes: es la Libertad.

José PEIRATS

El caballero de las campanas

(Viene de la página 1)

del cuplé y extras de cine, más ligeras de cascos que de lustrinas. No tuvo nunca el gran desamortizador otro vicio que el de darse por los demás mal tiempo y dolores de parietal y el de asegurarse por el chivo huérfano y los estatutos subdesarrollados del teatro de su tiempo. No era un tribuno divino-barberil, de un verbo que afeitase; y no se pasaba el día ante el espejo ensayando muecas históricas, contracciones faciales y mostraciones de teclado dental que camuflasen el vacío inmenso que a los políticos de profesión se les abre bajo el cráneo. Tampoco adoleció de cogitativa gramofónica, desdudándose en un chorrillo como ese con que se hace hoy literatura, y que es tan agnóstico, que no se puede vitaminar con un carro de su sustancia una mata de perejil. No dejó ninguna obra maestra de su flato el gaditano salino, que recibía a las visitas con la pluma en la oreja, como a los sastres del cupón cuando era sacapuntas en el Banco de Londres. Nos legó su sin par genio, en cambio, dos artículos de ley, que parecen trazados por un yatación, goloso de salmorejos, y que valen por toda poesía española de prístinas y modernas edades. Dice el uno, con una sencillez que da calo-

fríos: «Quedan suprimidos todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de comunidad o de instituto religioso, incluso las de los cuatro Ordenes militares, existentes en la Península, islas adyacentes y posesiones de España en Africa.» Reza el otro, en un estilo también de bala trazadora: «Se declara desde ahora en venta todos los bienes raíces de cualquier clase, que hubiesen pertenecido a las comunidades y corporaciones religiosas extinguidas; y los demás que hayan sido (malintencionadamente) adjudicados a la Nación, o en adelante (mañeramente) se le adjudicaran por cualquier título o motivo (entiéndase fútil pretexto o hipocrita socialifa de instrucción, beneficencia o pia manda) desde el momento de su adjudicación.» Los parentesis, en la segunda descarga de fusil, son de este amanuense nuestro.

Con que, de dos rajantes plumazos, Mendizábal desparasitó al país de 36.000 frailes como 36.000 cagijos; y el furo de 18.000 monjas, que ni hervidas de pimienta, en cuanto a limpieza presentables porque no llevaban medias nylon como las de nuestros días. Y remató aquel maestro de la estocada la suerte, devolviendo a la libertad española, siempre sin valimiento, la suma de 7 mil millones de pesetas que se le habían robado, y cuya restitución inexorablemente impuso el formidable ministro; a quien las gacetas episcopales y los perrillos falderos de las beatas, hechos una salchicha de pimienta, llamaban desde la fecha de las leyes desvinculadoras, Acab, Heliodoro, Nabucodonosor y Caligula.

Angel SAMBLANCAT

Siempre he creído que la crítica literaria ha de ser generosa, noblemente generosa. Es decir, que el crítico no ha de adoptar la actitud del dómíne dispuesto al palmetazo, sino la del maestro predispuesto a la disculpa, a la transigencia, y, a la vez, al estímulo y a la orientación. Cuando la crítica es así ejercida cumple un elevado magisterio de guía y de aliento. El crítico ha de ser el amigo generoso que señala sólo las excelencias de una obra; el autor y los lectores descubrirán, por contraste, los defectos. Cuando éstos son de poca monta y no se advierten fácilmente, no hay por qué señalarlos; si, por el contrario, son de tanto bulto que saltan a primera vista, no tiene el crítico necesidad de aludir a ellos. Y, si necesariamente ha de hacerlo, su generosidad encontrará la forma menos humillante y más alentadora para el autor. Hay que dar al autor la impresión de que se le estiman sus esfuerzos, nunca de que se le desdeñan. A esto se llega sólo mediante el generoso y abnegado desdén de las preferencias personales, de todo ese complejo de subjetivismos que forman e informan el gusto.

El gusto también se fanatiza y cuando esto ocurre, el gusto pierde toda la capacidad para orientarnos en el discernimiento y en la estimación de los méritos y deméritos de una obra. El gusto fanatizado pierde todo sentido crítico y degenera en pasión obsesiva y de zoolo, obcecado. Los críticos en funciones de zoolos, me han dado siempre la impresión de que son escritores frustrados; señalan los demás las taras acusadoras de su frustración. De ahí sus intransigencias, su agresividad. Sus diatribas encubren el encono por sus propios fracasos, por aquellos fracasos que lo confinaron en un virtuosismo rígido, frío, inasequible. Para mí hay dos clases de virtuosismo: el que nace de la depuración del gusto crítico y el que se adopta para disimular la propia mediocridad. Hay también dos tipos de zoolos: el que viste el hábito por vocación y el que lo viste, tras una crisis, para cubrir sus grandes miserias morales. Puesto a escoger me quedo con el virtuosismo del primero. El del segundo es el que, armado de la palmeta, se dispone a no dejar pasar la menor falta por discul-

Charles de Cafe

pable que ésta sea; es el dómíne en funciones de zoolo, tan sensible a los defectos como insensible a los méritos de los demás. En un libro de Alain, este magnífico panegirista de Balzac, he leído que nunca ha deseñado un libro; a mí me sucede igual. En todo libro hay una voz que quiere hablarme y nunca he tenido que arrepentirme de haberla escuchado.

Existe el crítico, que es pozo de erudición, y el crítico a la violeta tan magníficamente pintado por Cadalso. En cuanto al primero, si al dominio de la cultura añade un gusto estético desarrollado, una probidad de juicio y una vocación por la profesión, será un buen crítico. Sin estos datos no puede ejercer la crítica. La cultura es indispensable para que la crítica resulte, además de amena, fidedigna. Aun poseyendo una gran cultura, el crítico sin gusto estético corre el riesgo de alabar lo censurable y, viceversa, de censurar lo digno de encomio. Admitamos que un crítico tiene esas dos condiciones ya citadas, pero le falta probidad: su juicio acabará en el descrédito de las gentes para quienes la falta de honradura o el juicio puede deberse a venalidad o exceso de personalidad. Hay críticos que se creen la medida de los demás. Y esto les hace caer en algo que hay que evitar a toda costa en la petulancia. Pero sigamos con el razonamiento anterior. Vamos a admitir que el crítico reúne las tres condiciones que ya hemos señalado, pero le falta vocación para la crítica. Entonces mejor será que no se meta en honduras, renuncie a la crítica y deje ese quehacer literario a los que se sientan llamados a tan alto magisterio. Que el crítico no es maestro tanto por su cultura, su gusto estético y su probidad de juicio cuanto por su vocación. Esta es la condición indispensable.

Mi interlocutor de hoy es un crítico, no el erudito a la violeta, sino el pozo de erudición. Ha leído mucho y es hombre de memoria fácil. Pero tiene el defecto de la peor de las servidum-

De la crítica

bles: apego a las clásicas normas, a los cánones estéticos de estilo estereotipado de los academismos de falsilla más ortodoxa. De ahí le viene ese aire de dómíne, de magister. Es el fraile de la palmeta, que se evade de tener en la vida social una función rectora: administrar el palmetazo. Defensor del criterio «la letra con sangre entra» administra palmetazos a diestro y siniestro.

Mariano Viñuales

No importa que en ocasiones sus palmetazos sean palmetazos de... ciego. El caso es que suene la palmeta. Eso afirma su autoridad. ¡La autoridad! He ahí la gran palabra. La autoridad de un gobierno está en sus órganos de represión; la de un crítico está en la palmeta. Hay que inspirar temor. El miedo al varapalo contiene la audacia y estimula las corduras. A audaces y a cuerdos los mantiene dentro de los límites que imponen los cánones de la estética tradicional, clásica. Mi interlocutor, este zoolo eternamente insatisfecho, es hombre apegado a la tradición.

—La tradición es lo que cuenta— me dice—. Vea si no: la tradición es el pasado, todo el pasado con el bagaje de sus experiencias, de sus esfuerzos seculares y de sus realizaciones. Ponga todo esto en el platillo de la balanza, que es el presente, y en el otro platillo pongan el porvenir, que es lo incierto, las posibilidades informes aún, inconcretas. Fácil le será adivinar de qué lado se inclinará la balanza. El platillo que más pese no será precisamente el del porvenir.

—O si— le dije yo— si en el echo mis esperanzas.

—¡Las esperanzas!— me replica—. Hermosas palabras sin consistencia alguna, aladas mariposillas a merced de todos los vientos. La esperanza, señor mío, es el asidero ficticio de cuantos han perdido su contacto con la tierra. Somos pasado. Es norma nuestra con-

Sobre el libro de Mr. Bowers

«Mi misión en España», es el título de un libro editado últimamente en Nueva York; su autor es Claude G. Bowers, embajador en la península Ibérica durante el período de la guerra civil.

El prefacio, hecho por el mismo, termina con este vibrante envío:

«Si queremos conservar la herencia que nuestros padres nos han legado, debemos de prepararnos a luchar lo mismo que los caballeros leales españoles pelearon y murieron, teniendo a raya con el sacrificio de sus personas y su sangre a la avalancha de barbarismo que se abatía sobre Europa, hasta que ellos sucumbieron en medio de la extraña indiferencia de las naciones democráticas, por cuya defensa fueron valientes combatientes. La segunda guerra mundial empezó en España en 1936.»

Estas afirmaciones sentenciosas, son la expresión del afecto que este hombre de sentimientos humanistas siente por la causa del pueblo español, al que elogia a todo lo largo de su plumen.

La descripción de los importantes acontecimientos sociales acaecidos durante el período de 1933 a 1939, sería quizás un magnífico capítulo para la Historia si mister Bowers hubiera sido el antiguo escritor y colaborador de

«Evening World» y no el agente diplomático de su país. Digo esto porque el hombre fué víctima del engaño oficial. De ese engaño que él acusa de verzonoso, cuando lee en la prensa extranjera que los republicanos incendian y arrasan las iglesias y los monumentos históricos habiendo tenido la suerte o la desgracia de presenciar por su propia

crisis de valores. En la vida social la nota predominante es la desesperación. Después del nihilismo de los materialistas que tratan de destruir a Dios, los existencialistas, con su individualismo, han venido a exaltar el instinto de rebeldía en el individuo para entronizar al hombre. «Adónde, señor, va a conducirnos esta subversión de valores? Vivimos en caos y marchamos al caos.»

Detrás del caos está la luz—trato de quitarle importancia—. Es la eterna repetición de la historia. El hombre crea los mitos y luego los destruye cuando se cansa de jugar con ellos, pero el eterno niño necesita seguir jugando y creará nuevos mitos, porque no puede prescindir de estos juguetes. Esto quiere decir que cada época tiene sus valores, tiene sus mitos. Lo que ocurre es que usted y yo nos hemos formado en las ideas de ayer, las cuales colorean el cristal con que hoy miramos el mundo. ¿Que hoy hay caos? Naturalmente: es el momento de la transición en que el mundo ha roto sus juguetes. Pero ya verá usted cómo el niño que necesita jugar, sale de este momento de transición y crea nuevos juguetes, nuevos mitos, a los que ajustará su vida, que tendrá un nuevo estilo. Este nuevo estilo tipificará, por así decirlo, la vida de mañana y dará forma y color a todas las manifestaciones del pensamiento. La literatura de hoy, el arte en general, responde a este momento que vivimos.

—No, no, por favor; la literatura, el arte, en fin, no es un juego de niños.

—No pretenda que lo tomara tan al pie de la letra, pero si así lo toma, dígame ahora usted: ¿qué cree que somos? Niños, niños grandes, que en ocasiones nos portamos peor que los niños pequeños. Por ejemplo, esa actitud de usted, tan terca en sus intransigencias, se me antoja más pueril que lo sería la de un niño.

—¿Más pueril que la de un niño? Pero ¿es que puede haber nada más pueril que el de los niños: el infantilismo de los ciegos.

—Mi interlocutor no quiso oír más: se lecanzó, requirió el sombrero, me saludó con una leve inclinación de cabeza y fuese cistiblemente ofendido.

Aristocracia intelectual

(Viene de la página 1)

considero incapaz de juzgar una monografía o un tratado sobre materia enclavada en su polo cultural. La motivación no puede estar, pues, ni en la pereza, ni en el miedo, ni en la ignorancia. Más que un vicio es un error de perspectiva el que decorosamente puede dar razón del hecho. Si los consagrados rehuyen el enjuiciamiento de las publicaciones ajenas, es porque en el fondo menosprecian la función crítica y han llegado a la convicción de que obstar, elogiar y valorar son quehaceres subordinados. Si se entrega la crítica a los principiantes y catecúmenos, es, en suma, porque de modo tácito o expreso se cree que tal conducta es la correcta, adecuada y justa. Esta creencia—única explicación de la generalizada abstención crítica de los «seniores»—encubre un trastrueque de valores que urge denunciar.